El cuenco que daba la misma nota

Shyvirelle

El comprador no preguntó cuánto podía durar un cuenco sin romperse. Preguntó qué nota daba.

Adela lo dejó sobre la mesa del taller y lo golpeó suavemente con una varilla de madera. Se oyó un sonido limpio, breve, que al final parecía doblarse hacia abajo. El señor Varela acercó el teléfono, revisó una grabación antigua y volvió a fruncir el ceño.

—No es la misma nota —dijo—. Y si no es la misma, tampoco puede ser la misma arcilla.

Roque, que trabajaba en el horno del patio contiguo, se adelantó antes de que Adela contestara.

—Es arcilla del barranco del Norte. Conozco esa respuesta. Lo que ocurre es que Adela la ha mezclado con otra pasta.

—La preparé con el barro que guardaba mi padre del valle —replicó Adela—. Tú no estabas aquí cuando se hizo.

Los dos eran artesanos cuidadosos. También eran vecinos desde hacía tanto tiempo que se conocían los peores modos de discutir sin levantar la voz. Varela había encargado una serie de recipientes para inaugurar una pequeña sala de conciertos. No buscaba instrumentos profesionales; quería que al comienzo de cada sesión sonara el cuenco que había escuchado en el taller años atrás. Si no podían acreditar su procedencia, retiraría el encargo entero.

Nora, la aprendiz, recogió del suelo un círculo de fieltro que había caído de la mesa.

—¿Este apoyo es del cuenco? —preguntó.

—Siempre lo usamos para que no se marque la madera —respondió Adela.

Roque miró el círculo sin tocarlo.

—En mi taller lo colocamos directamente sobre una tabla. Así suena como debe.

Nora guardó el dato. En el taller había aprendido que dos pruebas solo se parecen cuando se hacen del mismo modo. Aquella mañana nadie había golpeado el cuenco de la misma manera, ni lo había puesto dos veces sobre el mismo apoyo. Sin embargo, los tres adultos ya hablaban como si el sonido hubiera pronunciado un lugar en el mapa.

La grabación de Varela se había hecho seis años antes. En ella se oía a alguien contando hasta dos, un golpe claro, un rumor de madera y una vibración prolongada. Varela aseguraba que en el archivo se podía escuchar «la arcilla del Norte». Adela reconoció la voz de su padre, no el sonido del cuenco. Roque reconoció una nota, no a quien la había producido.

—¿Podemos escucharlo sin discutir? —preguntó Nora.

Reprodujo el archivo tres veces. Al final del golpe se oía una vibración grave y, detrás, un golpecito seco doble. Podía proceder de una puerta, de una herramienta o de la tabla sobre la que estaba el objeto. Nora miró las mesas del taller: una era maciza, otra tenía una pata reparada, y junto al horno había una bandeja de madera cuyas esquinas sujetaban pequeñas grapas.

—En la grabación hay dos golpes que podrían venir de otra cosa —dijo.

Varela levantó una ceja.

—Eso no demuestra nada sobre la arcilla.

—Precisamente.

Adela le permitió examinar la base. Nora retiró el fieltro con cuidado. En el barro cocido apareció una marca diminuta, dos trazos cruzados junto al pie. No parecía la firma de ningún alfarero. Estaba cubierta por una película antigua de cera, de modo que no podía haberse hecho aquella mañana.

—Esa señal la hizo mi padre cuando reparó el borde de apoyo —dijo Adela—. Necesitaba acordarse de qué lado quedaba más alto.

Roque negó lentamente. Recordaba la reparación, aunque no la había visto. Había sido él quien prestó la tabla para comprobar si el cuenco todavía podía apoyarse sin balancearse. Ni siquiera Adela sabía qué barro se había usado antes de esa reparación; su padre había guardado piezas de varias procedencias en el mismo cobertizo.

La marca respondía a una pregunta pequeña: era el mismo objeto que había pasado por aquellas manos. No respondía a la pregunta enorme que Varela le había hecho a una nota musical.

—Hagamos dos pruebas, no una discusión —propuso Nora—. Cuenco igual, misma varilla, mismo punto del borde. Cambiamos únicamente el apoyo.

Buscó la bandeja de madera. Una esquina floja produjo, al moverla, dos golpecitos secos. Varela alzó la cabeza: eran casi iguales a los que se oían en su archivo. Colocaron el cuenco sobre la madera, sin el fieltro, y Nora lo golpeó con una fuerza moderada. La nota pareció alta y sostenida, con un zumbido de la bandeja bajo ella. Varela volvió a reproducir la grabación.

—Así lo recuerdo —dijo al fin.

Después Nora interpuso el círculo de fieltro, sin cambiar el cuenco ni el lugar del golpe. El sonido se apagó antes; el grave que antes quedaba detrás pasó a dominar lo que escuchaban. No era un instrumento que obedeciera una escala perfecta: había vibraciones distintas y el apoyo reforzaba unas mientras atenuaba otras. La impresión de «otra nota» nacía, al menos en parte, de esa diferencia.

—Entonces es del Norte —dijo Roque, todavía aferrado a su primera conclusión.

—Entonces el apoyo importa —corrigió Nora—. Ni la madera ni el fieltro nos han dicho de dónde salió el barro.

Varela pidió una tercera prueba. Pusieron el cuenco sobre la bandeja, retiraron el fieltro y repitieron el golpe. El sonido volvió a parecerse al del archivo. Con el fieltro, volvió a apagarse en otro tono aparente. Nora señaló que también deberían registrar el lugar del golpe, la distancia del teléfono y el ruido de la sala si querían comparar futuras grabaciones. No pretendía convertir la demostración en un laboratorio. Quería impedir que una conclusión creciera más que sus pruebas.

La acusación entre los artesanos se había quedado sin soporte. Adela ya no podía afirmar que el sonido demostrara que la arcilla era del valle; Roque tampoco podía usarlo para demostrar que procedía del barranco. La marca bajo el fieltro relacionaba el cuenco actual con la reparación antigua, pero ni ella ni el doble golpecito de la bandeja servían para reconstruir la extracción del barro.

Varela tardó en aceptar la respuesta. Había prometido a los organizadores de la sala «el sonido auténtico de un lugar» y ahora debía explicarles que el registro no contenía esa certeza. Se sentó frente al cuenco, pidió escuchar una vez más las dos versiones y escribió algo en su teléfono.

—Mantendré el encargo —anunció—, pero no voy a usar la frase sobre la procedencia. Si consigo la documentación de los materiales, la añadiremos. Si no, diremos que no se conoce.

Roque recogió la bandeja como si pesara más que antes. Adela volvió a colocar el fieltro bajo el cuenco. La marca cruzada desapareció de la vista, pero Nora ya había tomado una fotografía de ella, con una regla al lado y sin atribuirle un significado que no tenía.

Esa tarde publicó en el tablón del taller una comparación sencilla: «Pieza examinada: el mismo cuenco, identificado por su marca de reparación. Prueba A: sobre madera, sin fieltro; sonido más prolongado y resonancia de la bandeja. Prueba B: sobre fieltro; sonido más breve y distinto predominio de vibraciones. Origen de la arcilla: no determinado por estas pruebas». Debajo dejó una copia de las dos grabaciones con las condiciones anotadas.

Al cerrar, Adela golpeó otra vez el cuenco, esta vez sobre la madera. Roque, desde la puerta, reconoció la misma nota de hacía seis años. Nora no lo contradijo: el sonido se parecía mucho. Lo que ya no podían hacer era fingir que aquella semejanza les había dicho algo que nadie había medido.

Varela se llevó las grabaciones, no una respuesta inventada. Y el cuenco siguió siendo el mismo, incluso cuando sonaba distinto.